

Herrería y forja antigua de La Losa (Segovia)

Isabel Alvarez - Carmen Cuesta - M.^a Dolores Martín
M.^a Dolores González - Luciano Muncio - Paloma Torán

(Alumnos de segundo curso de la especialidad de Historia, asignatura de Etnología, del Colegio Universitario Domingo de Soto, de Segovia.)

INTRODUCCION

Entre los pobres restos de talleres que todavía hoy trabajan artesanalmente, y que emplean instrumentación de tipo tradicional —siempre ciñéndonos al momento actual de la provincia de Segovia—, destaca el caso de la forja de La Losa. (Foto 1.)

Es importante por dos conceptos, aunque la modernización en técnicas, modelos y maquinaria sea progresiva; en primer lugar, se trata de un centro demasiado cercano a la capital, que terminará por incorporarlo, no sólo en virtud de esa cercanía geográfica, sino porque el tipo de demanda que Segovia supone ya está alterando el sistema de vida, y la tipología de los objetos que tradicionalmente han salido de este taller. Influye también sobre esa demanda el



Foto 1

que La Losa y sus alrededores sean lugares de veraneo.

El segundo concepto que valora estas líneas, necesariamente esquemáticas, es el hecho de que el artesano no cuente con descendencia o aprendices que continúen su labor. Se trata de un caso más de esa pérdida que se viene registrando ininterrumpidamente y que nos hace temer por la suerte del caso de Abades, o que nos recuerda al ya cerrado taller de Torredondo, parte de cuyos materiales de trabajo han podido ser recuperados para la Sección de Etnología del Museo Provincial de Bellas Artes de Segovia.

LOCALIZACION Y FICHA

La Losa se encuentra situada a 12 kilómetros de Segovia, por la carretera de la capital a Otero de Herreros (1).

Don Victoriano Pacheco de Frutos tiene cincuenta y cuatro años, está casado, y su oficio le viene de tradición familiar. A los trece años fue a vivir a Turégano con un tío suyo, que se dedicaba a hacer hoces y cuchillos. Muerto este familiar, volvió a La Losa, y comenzó a trabajar con su padre en el taller de forja que éste tenía. Aunque tiene dos hijos, no espera que ninguno continúe el oficio. El mayor, colocado en Madrid, es chapista y maestro forjador, pero no quiere saber nada del sistema de forja tradicional. El menor está estudiando en la Escuela de Maestría Industrial de Segovia. Ayuda a su padre a ratos perdidos, pero tampoco se siente atraído por la forja. La fragua, pues, acabará con don Victoriano.

UTILES Y PROCESO

La mayoría de los utensilios que emplea actualmente son los tradicionales:

- El yunque: Lo tiene desde que empezó a trabajar en la forja. Tiene noticias de que lo empleaban ya sus abuelos. Sin embargo, considera como más antiguo el fuelle, que no usa desde hace doce años. (Foto 2.)
- Tenazas: Para todo el proceso de trabajo es necesario sostener el hierro. Todas las tenazas que emplea han sido hechas por él. Para cada

(1) Hoja núm. 483, Segovia, del mapa escala 1:50.000 del Instituto Geográfico y Catastral de España.

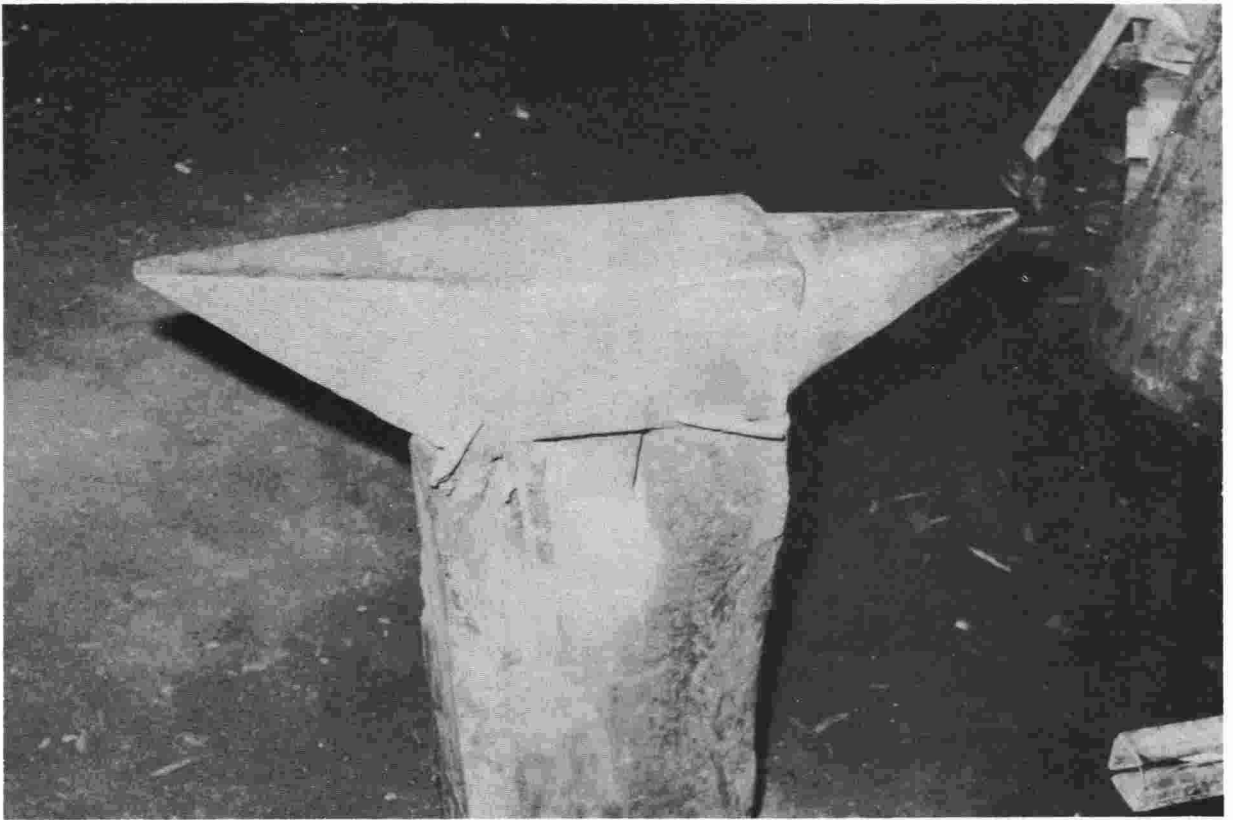


Foto 2

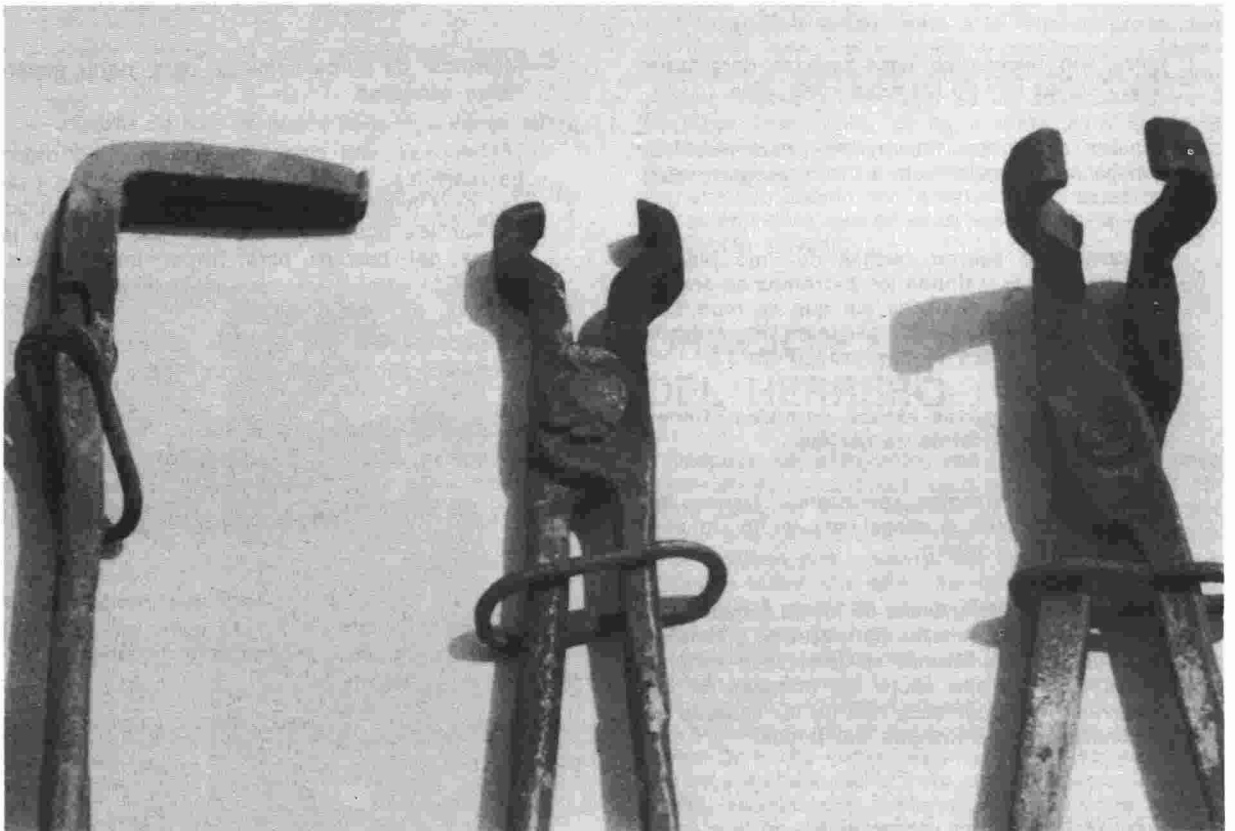


Foto 3



Foto 4

pieza son necesarias unas tenazas determinadas. Así, las hay de los siguientes tipos:

Tenazas de sujetar «cuadrados»: para morillos, con boca en ángulo recto a fin de asegurar bien la barra.

Tenazas para agarrar hachas de «ojo plano». Son más largas y tienen los extremos en ángulo recto, para fijar el hacha sin que se mueva, y que no haya «bulto en el ojo» (para no perder la visión de la cabeza de la pieza). (Foto 3.)

Tenazas para agarrar hachas normales. Tienen los extremos en forma de garfios.

Tenazas para arreglar «punteros». Tienen los extremos torcidos y acanalados, a fin de asegurar mejor el puntero.

Tenazas para sujetar bolas de hierro forjado para morillos (foto 4), tenazas para azuelas y tenazas para tubos. Estas últimas se empleaban antiguamente para trabajar sobre los podones de los gabarreros, introduciendo una de las cabezas de la tenaza en el enmangue del podón.

Casi todas las tenazas van provistas de una anilla o eslabón, que sirve para mantener cerradas sus ramas. (Foto 3.)

— Martillos: de punta convexa, para lograr superficies cóncavas.

— «Estampas»: son cinceles enmangados a modo de martillos. Las más corrientes eran las usadas para hacer el «degüello» de las herraduras (marcar los agujeros); también las hay con la marca del herrero para firmar los trabajos. (Foto 5.)

— «Tarjadera»: Es una especie de cortafríos enmangado, para cortar hierros. (Foto 6.)

— «Manual»: barra con perforación rectangular en su centro, útil para retorcer, con movimientos semejantes a los de las terrajas de roscar. Las hay de varios pasos.

Además de las herramientas citadas, emplea otras varias, adecuadas a tareas más comunes, como el «recogebrasas», simple gancho para disponer el fuego o sacar la escoria del fogón.

PROCESO

Renunciamos a su exposición detallada, por cuanto es el mismo de todas las forjas. La habilidad del artesano consiste en dar al hierro la temperatura adecua-

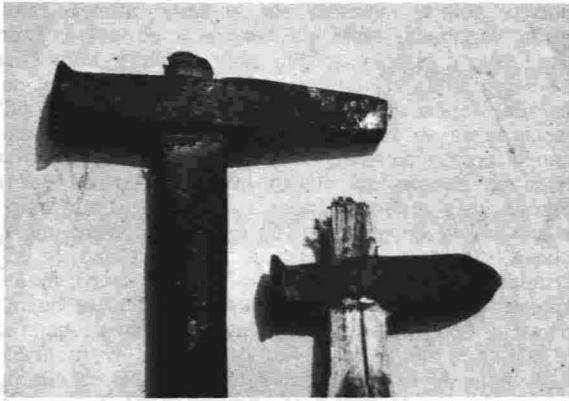


Foto 5

da y enfriarlo en las zonas ya trabajadas, siempre en el momento preciso para que no se queme y pierda maleabilidad.

PRODUCCION

La producción del herrero ha cambiado mucho con el tiempo. Anteriormente se dedicaba a arreglar y hacer rejas de arados, hachas para los gabarreros de los pinares, etc. Ahora, que muchos de estos oficios han desaparecido por la llegada de la nueva maquinaria, tiene que dedicarse a hacer todo lo que le encargan; destaca, por su cantidad, la producción de:

- candelabros de brazos retorcidos;
- clavos decorativos para puertas, de varios modelos, sin soldar;
- cabezas de toro de hierro forjado, a veces sobre herraduras;
- morillos y los demás utensilios propios de las chimeneas: tenazas, badilas, ganchos, etc.;



Foto 6

- lámparas de cadenas;
- panoplias con soportes de antorchas;
- marcos para azulejos o para macetas, etc.

CONCLUSION

Quizá la razón de la subsistencia de centros, como el que hoy nos ha ocupado, esté, casi exclusivamente, en la realización de puertas metálicas y carpintería del mismo tipo para la construcción.

También son importantes las ventas de morillos o las de maceteros; los primeros, por ser parte indispensable de toda chimenea, y no existir, por el momento, sustitutivos a molde o de otros sistemas. Los segundos, dado su bajo precio y reducido tamaño. De vez en cuando puede hacer algún trabajo de tipo tradicional, como los clavos para puertas; un ejemplo de esta última actividad son los clavos que, previo envejecimiento, decoran las puertas del palacio del cardenal don Diego de Espinosa, en Martín Muñoz de las Posadas.

Creemos innecesario insistir sobre otro tipo de producciones, como las destinadas a las tiendas de recuerdos, o a casas decoradas de acuerdo con los conceptos que podríamos englobar bajo los nombres de «arte de parador» o «neomedieval». Entre los primeros destacan los «quijotes» de tornillos y tuercas, de relativamente nueva aparición y generalizada invasión del mercado; entre los segundos, las panoplias, los soportes de hachones, de pared o de suelo, etc. Representan estos objetos, a pesar de su dudosa estética, la continuidad en el uso de la técnica de la forja; vemos, como ocurre con las alfarerías, surgir una serie de nuevas tipologías que intentan compensar la falta de las tradicionales, y que responden íntimamente a la falta de protección del mundo rural, tan clara como proclamada y desastrosa para el campo que nos ocupa. Aunque esa protección llegase en la mejor de las condiciones, cosa bastante improbable, ya sería tarde para evitar la pérdida de una gran mayoría de datos etnográficos. Sirva, pues, de excusa a estas líneas, la precipitación con que han debido ser redactadas, y encuentren justificación por lo que en ellas pueda hallarse de documentación salvada.

ORACION DE LA MUJER DEL HERRERO

Después de todo esto, nos invitó a tomar unas copas en su casa, y nos sacó unos aguardientes cañeros, de uvas y de «endrinicas». Su mujer «largó» a Lola y a Paloma una oración sobre la Pasión, que sólo conocen ella y una prima suya, y me dijo que recitaba todos los años en la iglesia, en Jueves Santo, pero que, de todas formas, ella la rezaba todos los días. Es ésta:

«Ay, Señor, alma mía, que tu divino Jesús, encendido en divinas llamas y abrazada con el fuego de tu caridad, voluntariamente se entregó a padecer por tu amor a tus crueles enemigos, éstos le prendieron de noche como ladrón y facineroso, y dándole golpes y empujones le derribaron en tierra, le arrastraron, acocearon y pusieron debajo de sus pies, y allí en el suelo, estando el Señor boca abajo, le ataron las manos atrás, le apretaron tan fuertemente los lazos corredizos, que desollándole las muñecas

empezó a correrle sangre. Echáronle al cuello una cadena tan pesada que le impedía la respiración, y así preso y maniatado le llevaron con la odiosa y furiosa gritería de tribunal en tribunal.

En casa de Anás levantó un sayón la mano, que tenía mala con un guante de hierro, y dio tan terrible golpe y tan recias bofetadas en el venerable rostro de Jesús, que derribándole en tierra le hizo reventar la sangre por las mejillas, por los ojos, narices, boca y oídos. Caifás le trata de blasfemo, y escupiéndole allí en su hermosa cara, le tiran unos de su venerable barba y otros le arrancan parte de sus cabellos, dándole de pescozones y bofetadas, todos le condenan y le tienen por digno de muerte. Luego que amaneció el Viernes, se lo llevan a Pilatos y éste le tuvo por inocente, y no hallando en el Señor culpa ni causa de muerte, se lo remite a Herodes, aquí en este tribunal le tratan y visten de loco, y con burlas y risadas se lo devuelven a Pilatos. Viendo éste que Jesús es tenido por toda chusma por peor que Barrabás, le mandó azotar, y como vil miserable, esclavo, desnudo y atado de pies y manos a una columna le dieron millares de azotes, ya con látigos y ya con garfios, con que abriéndose la carne se la arrancaron a pedazos hasta llegarle a ver los huesos y las costillas descarnadas, y habiéndole cortado los cordeles cayó tu Señor, en el lado de la sangre, sin aliento y casi sin vida. Allí, en sus llagadas carnes, ¡oh, qué dolor!, le dieron de puntapiés y repiten más y más azotes; después de obtenida la licencia para coronarle por rey de burlas, le ponen en los hombros llagados un pedazo de manta, colorada, desechada y llena de basura; sentáronle en una mala silleta y con fiestas y risadas le pusieron la corona, apretándole reciamente con unos palos, de modo que entraban las agudas y penetrantes espinas, unas hasta los huesos y otras rompiendo la carne, rompían la frente y entrecejas, y dice Santa Brígida que quedó la cabeza como si la hubieran metido en una tina de sangre.

Y pusiéronle, por cierto, una caña en la mano, y doblando la rodilla le decían con vilipendio y oprobio: «Dios te salve, rey de los judíos», y le escupían en la cara, otros le daban de puntillones, otros se quitaban el zapato y le deban con la suela en la boca, y otros, quitándole la caña, le daban con ella sobre la corona con que le apretaban más y más, clavan las espinas, y fue tanto el dolor que el Señor sintió en este martirio que empezó a llorar y a derramar lágrimas, no de agua sino de sangre.

Al mirar en el balcón, vestido de burlesco rey, con las manos atadas atrás, hecho una viva llaga todo su cuerpo, goteando sangre de la corona y tan desfigurado, que no parecía hombre, y en vez de compadecerse de Jesús, es de todos tan aborrecido, que sin poderle ver, piden todos a voces: «Que muera, que muera.» Que muera crucificado, por lo cual Pilatos le sentenció a muerte de cruz, y dándose prisa aquella vil canalla, desnudan al Señor y le ponen su propia vestidura, y cargándole el pesado madero, le llevan por las calles públicas de Jerusalén, llamando la atención con las trompetas para oír el clamor de los falsos pregoneros que le publicaban de traidor, falsario y blasfemo. Mirale ya caminar con las rodillas temblando, el cuerpo inclinado con el peso de la cruz, la cabeza y la frente claveteada con agudas y penetrantes espinas, desgreadado y llenos de sangre sus cabellos, y por partes arrancados, con una soga a la garganta tirando de ella un sayón fiero, los pies lleva descalzos y llagados, y con el rastro de la sangre que deja va diciendo por donde va; mira, alma mía, cual va caminando el más hermoso de los nacidos, mírale a la cara, verás lo

que te quiere, mírasela por tu amor, afeada, renegrida, hinchada, llena de sangre y de polvo y de asquerosas salivas, mírala abofeteada y sembrada de sangrientos cardenales, mira su cuello con el collar del áspero y nuevo esparto, que entrándole por la carne ya se ve bien en el hueso; mira cómo cae con la cruz y dándose contra las piedras se baña la boca en sangre, se clavan más las espinas de la corona y se renuevan todas sus llagas. Mírale caído y arrastrado en el suelo, en presencia de su pobrecita Madre, y que en lugar de darle la mano, le dan crueles puntillones, tratándole de embustero, medio arrastrado y casi muerto llegó al calvario, y desnudándole con rabiosa furia, sale la carne pegada a la túnica, y queda el Señor desnudo y avergonzado a la vista de todo el pueblo, y su santísimo cuerpo desollado y todo manando sangre, y ahora con sentimiento de tu corazón mira cómo recuesta las espaldas llagadas y descarnadas con azotes sobre el madero tosco y por labrar, y con cuánto amor extiende el brazo derecho, y poniendo un sayón la punta de un clavo en la mano, descarga tan recias martilladas que hace estremecer y temblar al Creador del Universo.

Y atando unos cordeles a la siniestra, y haciendo hincapié en el costado del Señor, tiran hasta que descoyuntados los huesos llega la mano al barreno, la clavan con repetidos golpes, los que al mismo tiempo lastiman el corazón de su pobrecita Madre, lo mismo hicieron al clavarle los pies, barrenándolos primero, como dice San Buenaventura; y para remacharle los clavos vuelcan la cruz, quedando su Majestad boca abajo entre el pesado madero y la tierra llena de piedras, huesos y espinas; levantándole en alto, y dejan caer al pie de la cruz en el hoyo de un peñasco, y abriéndose las carnes corren de nuevo fuentes de sangre.

Mírale bien una y mil veces, alma mía; mírale desnudo, desencajados los huesos, abierto, llagado y destrozado todo su cuerpo; mírale otra vez y no hallarás otra cosa más que cruz, llagas, sangre y espinas; mira tu amado y querido Jesús Nazareno, hecho un retablo de dolores, sediento, blasfemado, escarnecido, y en medio de los ladrones, como si fuera el capitán de ellos; vuelve a mirar, alma mía, y verás su cuerpo colgado de tres clavos, con 5.475 heridas, sin las mil de la cabeza, su rostro bello y hermoso, renegrido y afeado con señales de muerte, sus ojos cubiertos de sangrientas lágrimas, las mejillas hundidas, la boca abierta y acibarada con la hiel y el vinagre, la lengua ensangrentada, los oídos atormentados por las blasfemias, la garganta lastimada por la soga, su corazón partido de dolor y cubierto de angustias y de agonías mortales, del Dios Padre desamparado y cercado de sayones cumplida la hora de redención del mundo está ya Jesús para morir, sólo le falta expirar, el sol se oscurece ya y queda el mundo en tinieblas, la tierra tiembla y se estremece, el velo del templo se rompe, las piedras se dan unas contra otras, al dar Jesús la vida por amarte, y muriendo crucificado.

¡Oh, Jesús de mi alma!, y qué caro, Señor os ha costado mi amor. ¡Oh, Jesús de mi vida!, si yo de veras os amara y sintiera vuestra pasión a golpe de amor, ablandadme en esta hora este corazón para que se parta de sentimientos, dad lágrimas a mis ojos para que llore mis culpas, causa de vuestras penas y tormentos. Señor, porque ten misericordia de mí y libradme de vuestra pasión y muerte y de la repentina y penitente muerte, para no experimentar la eterna en la cárcel del infierno. Amén, Jesús.»

Segovia, junio 1977.